

BUEN

HUMOR

22. FEB. 1925

ORIGINAL
MAGAZINE

22. FEB. 1925

40
CÉNTIMOS





CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al núm. 169

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

16.—De Aranjuez.

: II
R
CUTERDA

17.—¡A mí no me da por ahí!

100 CINCO A AÑOS

LOS

famosos
POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEVER Y COMPAÑÍA

SON

infalibles para la destrucción de toda clase
: :: de insectos :: :



SOMBREROS BRAVE 6 MONTERA 6

18.—Punta.

ORIENTE SUR NORTE N

Los ejemplares atrasados

de

BUEN HUMOR

correspondientes al año
1924, se venden en esta
Administración al precio
de CINCUENTA céntimos.

Los de años anteriores, al
de UNA peseta.

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de febrero.

19.—Vestidura.

—¡Presencias el *prima-cuarta* del Sol!
—Sí; me distraigo así. Es el *tercia-prima* gusto que puedo darme.
—A mí me entretiene más leer *segunda-segunda*.
—Así no acabarás nunca el *fodo* que has de border al llo Celestino.

20.—Un dicho.

CEVECERÍA

CERVECERÍA

PONIENTE

MEDIODÍA

V. LON

VANGUARDIA

21.—Vehículo.

501

R Í O VOCAL

22.—¡Hay quien se casa así!

NIEGA ÉL
10000
R
RICA TELA—VOCAL



Si usted fuma

tendrá los dientes amarillos. Pero no se preocupe y siga fumando, que usando a diario

PASTA DENS

ostentará usted una dentadura blanca y brillante y tendrá la boca fresca y perfumada.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

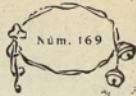
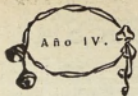
DESCONFÍE USTED

de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal a precio más reducido. En todos los comercios de España, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de quien resatare el modesto margen de utilidad en la venta.

TUBO
2 pts

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

Ayuntamiento de Madrid



BROMITAS DE CARNAVAL

Nos quejamos los vecinos de Madrid de las molestias que nos ocasiona el Carnaval callejero? No nos falta razón, pero tampoco es cosa de poner el grito en las nubes. El hecho de que durante las tardes del domingo al martes de Quincuagésima y con el único fin de proteger la diversión oficial de unas cuantas golfas vestidas de hombre, de unos cuantos hombres vestidos de golfa y de unos cuantos pollos bien vestidos... de cualquier cosa, quede totalmente incomunicado con el resto de la población el populoso barrio de Salamanca, es lamentabilísimo, pero no tanto como para recurrir al pistoletazo o al sublimado corrosivo.

El que no ha tenido la desgracia de residir en un pueblo durante los gloriosos días de las Carnestolendas, ignora, indudablemente, lo que es el aburrimiento, la amargura y la desesperación. Nuestra ilustre villa y corte, comparada en Carnavales, con los pueblos, es el paraíso terrenal, pese a la marcha veriginosa de los automóviles, a los baches del adoquinado y a las barricadas erigidas por la empresa del Metro.

Prescindiendo de la ordinarietà, de la chabacanería, del mal gusto y de la brutalidad, que son elementos esencialísimos de todos los Carnavales actuales, desde el de Madrid hasta el de Mataporquera, hay que reconocer que aquí podemos substraernos a ciertos espectáculos que en los pueblos es imposible evitar.

En los pueblos, todos los habitantes se conocen mutuamente. Cada cual sabe al pie de la letra la vida y milagros de su vecino. No hay fraude que quede ignorado, ni aventura que pase inadvertida, ni trapiqueo que permanezca inédito. Cuando un pater de familia comete la liviandad de hacer de menos a su distinguida esposa con cual-

quier pelandusa de los alcañanes, todo el mundo se percata detalladamente del suceso. Cuando una moza soltera se permite la licencia de consentir que su novio le infiera un beso en los morros o le ponga la mano en las caderas, por no decir en otro lugar mas redondeado, todo el vecindario conoce el hecho con pelos y señales. Cuando el señor alcalde cobra fraudulentamente unos gajes por hacer la vista gorda ante ciertos abusillos administrativos, toda la población se entera... Y lo que durante cuatro, seis, diez meses estuvo callado, se proclama con la mayor desfachatez al llegar los Carnavales.

De nada vale que los interesados, sospechando la pública divulgación de sus pesadillas, no salgan de sus casas. Las máscaras penetran en las casas, buscan al pecador por alcobas y

cocinas y valiéndose del absurdo derecho que conceden los antepasados sacan a colación la falta cometida.

Y esto es horrible. Las máscaras confunden lo sagrado de la vida con la inmunidad de la careta. Creen que ésta les autoriza para ensuciarse bonitamente en aquella. No comprenden que por encima de todas las llamadas bromas que tienen de tales lo que yo de accionista del Banco de España—esté la respetabilidad de los hogares, ante cuyas puertas debe detenerse el dios Momo, representado generalmente por la prosería, la incultura, la obscenidad, la baladronada, el sarcasmo y, lo que es peor, el odio y la venganza personal. ¿Qué sería de nosotros, si nuestro sosiego, si la paz de nuestra casa dependiese de la discreción de un vecino disfrazado de cocinero o de una comadre de zarzapastosa?

Yo pasé unos carnavales en un pueblo y sufrí muchísimo, más que si me hubieran leído unas «glosas» de don Eugenio d'Ors. Nadie me conocía, nadie podía ponerme las calzas al descubierto, y, sin embargo, pasé horas mortales. Al dueño de la fonda le hablaron de unos gatos que tuvo la bondad de servir a sus huéspedes en guiso de conejos, y a una de las criadas le justificaron la procedencia de unos zarcillos—muy cursis por cierto—que adquirió mediante determinadas concesiones que otorgó a un fornido gañán de la aldea inmediata, que olía a estiercol y que, según verídico testimonio de la máscara denunciante, atesoraba una copiosa cifra de pulgas repartidas por la dilatada superficie de su corpachón.

Desde entonces, huyo, como de la muerte, del Carnaval pueblerino. Prefiero el de Madrid, aunque el señor alcalde, por complacer a cuatro gandulas y a cuatro mamarachos, deje aislado del resto de la villa y corte mi pacífico barrio de Salamanca.



Dib. SILENO.—Madrid.

MARCIANO ZURITA

LA MÁSCARA "VICEVERSA"

Jacobito se propuso pasar el mejor día de su juventud disfrazándose, sin haber leído, en todos los humoristas, que es costumbre que se aburrían las máscaras.

Jacobito alquiló un traje de torero, plata y verde, que no tenía más defecto que estarle un poco holgado de trasero; y con un gracioso aspecto de Sirena literaria de Ricardo León, se lanzó a los paseos de la capital en la tarde del martes.

Lo primero que notó fue que no tenía un bolsillo serio donde meter las ma-

nos, y las tenía que llevar atrás, que no resultaba nada flamenco, o llevando el paso taurino, que le resultaba demasiado flamenco para ir sólo.

Decidió alternar ambas posturas; con lo que unas veces parecía que iba aburrido y otras daba motivo para que se rieran de su pinturería solitaria.

Lo malo es que no se encontraba con ningún amigo...

¡Ah, qué alegría! Aquel rubio, aquel rubio... ¿de dónde le conocía Jacobito?

to?... Pero eso no importaba, Jacobito dió un trote y se lanzó sobre su amigo:

—¡Hola, hola, rubiales! ¡No me conoces; no me conoces!...

El rubio le miró de arriba a abajo, sonrió con cara de incertidumbre y dijo:

—Yo creo que eres... Ricardo.

—¡Atiza!

—No, no; no eres. Ricardo tiene más gracia que tú.

—Oye, ¿y quién es Ricardo?

El rubio, para sonsacar amistades de la máscara, dijo sinceramente:

—¡Hombrel K-Rito, el dibujante.

—¿Y de qué conoces tú a K-Rito?

—preguntó Jacobo para enterarse poco a poco de quién era su embromado.

—Del café de Jorge Juan, que vamos a los jueves de los Humoristas.

—¡Ah! ¿Tú eres humorista?

Pero la máscara se había pasado de viva. El rubio se detuvo, miró detenidamente otra vez al torero, le miró por detrás, bamboleó un pelizco de la tela trasera para demostrar lo ridículo del traje, puso las manos sobre los hombros de Jacobito, y le dijo un poco serio, con la mirada en las narices del antifaz:

—Vamos a ver, ¿quién soy yo?—y poniendo voz de máscara—: ¡No me conoces; no me conoces!...

Jacobito se echó para atrás la montera, se rascó la cabeza, suspiró hondo, miró el ahora de arriba a abajo al rubio, y dijo:

—Yo creo que eres... yo creo que eres... un hijo de don Carlos Arniches. El arquitecto.

—¡Agarra!

—Entonces... entonces... un hijo del general Sanjurjo. El aviadador...

—¡Ardear!

—No, no; tampoco. Pero yo te conozco a ti, yo te conozco a ti... O, mejor dicho, a usted.

—Sí, sí; es fácil... Pero esto se resuelve de un modo muy sencillo—dijo el joven rubio—: ¿cómo se llama usted?

—¿Yo? Jacobo López.

—¡Ah! ¿Es usted Jacobito? Pues palabrita, que con ese traje de torero y con ese antifaz, no le había conocido.

—Bien, pero... ¿quién es usted? que yo no recuerdo...

Y el hombre rubio, dando media vuelta y rompiendo la marcha, exclamó con voz de máscara:

—¡No me conoces; no me conoces... y desapareció.

Jacobo le vió marchar, se echó luego las manos a la espalda, y se dirigió hacia su casa con la cabeza baja, pensando en quién sería aquel muchacho rubio... que él conocía de algún sitio.



Dib. ZAPATA.—Santiago.

LOS DOCTORES EN CARNAVAL

—¡Lo que más me ofende, don Paulino, es que al pasar por La Castellana nos hayan dado el premio de máscaras a piel...

ANTONIO ROBLES



Dib. Garrido. —Madrid.

—Pero ¿qué narices os voy a dar por una perra gorda?.

SE HA ESCAPADO UN DEMONIO

ABSURDO CARNAVALESCO

I
Leandro Montes, tras de introducirse con grandes trabajos en el *monos* de color rojo, se colocó ante el espejo del armario de luna y dedicó una larga mirada a su estrambótica vestimenta. Leandro adoptó una postura llena de cómica majestad y sonrió complacido

de su aspecto. Después calzó unas zapafillas de un fuerte colorido rojo, tapó su rostro con un anifaz y empuñó con la mano derecha un tridente grande, escalofriante.

De esta guisa salió a la calle. Leandro Montes se había disfrazado de demonio y el disfraz le sentaba maravillosamente. De ser el verdadero diablo, rojo, con cuernos y con tridente,

es de suponer que Leandro podría suplantarle; tal era la gracia con que el mortal llevaba las internales vestiduras y tal eran éstas, que ni un replegue, ni una arruga, hacían al ajustarse al cuerpo de Leandro.

Los pequeños cuernos que adornaban su cabeza eran erectos, de una imitación perfecta, y el largo rabo, relleno de algodón, parecía real, perteneciente al cuerpo, gracias al acompasado movimiento que Leandro le daba al andar.

Leandro Montes llegó al teatro en donde se celebraba el baile de carnaval... Penetró en la sala poblada por una multitud loca y ensordecedora, por una multitud caótica que danzaba al compás de una orquesta, apenas perceptible por el griterío espantoso de las máscaras.

II

Montes había danzado varias piezas con una eucyere, con una mora, con una colombina... Montes descansaba ahora sentado en un amplio sillón del *hall*.

—¿Qué haces?

La pregunta tenía la simpleza de todas estas preguntas que quieren ser un saludo. Leandro miró al que la hacía y pudo ver a otra máscara de disfraz idéntico al suyo: otro demonio.

—¿Que qué hago? Ya lo ves: me aburro.

—¿Has venido sólo?

—Sí, sólo. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

—Supuse que esto estaría bien. Confieso que me he equivocado. Esta noche domina el mal gusto y el tedio.

—¿Quién te ha mandado venir?

—Nadie. ¡Y tú, por qué has venido?

—¿Yo?... Por obligación.

Hubo una pausa. Leandro encendió un pitillo que le ofreció el desconocido y comenzó a fumar nerviosamente. A Leandro le molestaba la presencia de su compañero en disfraz y seguramente en aburrimiento. Aquel individuo, con sus inmotivadas interrogaciones, había conseguido exasperarle.

—Aquí no hacemos nada—dijo el desconocido—. Vámonos.

Con autoridad, cogió a Leandro del brazo.

Salieron.

III

—¡Sé que voy a encontrarme a Colombina en brazos de Arlequín, pero no me importa porque todos los años hacen lo mismo!...

Leandro Montes se vió arrastrado por el desconocido. Intentó una vez



Dib. GALINDO. —Madrid.

rebelarse contra aquella forzada marcha, pero su misterioso compañero, con fuerza increíble, le alzó en sus brazos y le llevó como si se tratara de un niño. Leandro, sometido ya al poderío del otro, suplicó:

—Déjame en el suelo. Prometo seguirte.

Cruzaron callejas sórdidas, de un lúgubre aspecto y en las que la luna dibujaba fantasmagóricas manchas, claridades espectrales. Las siluetas de los dos disfrazados daban la plena sensación de ser dos demonios que acudían a un aqellar sabático.

—¿Cuándo llegamos?

—Aun falta. Está lejos.

IV

El desconocido detúvose al fin ante un enorme caserón de renegridos muros. Una mansión antigua, granítica y de inquietante presencia. El desconocido empujó fuertemente con sus espaldas una de las hojas de la puerta.

Y Leandro Montes creyó enloquecer. Ante su vista apareció, con todo el brujío espectacular de llamaradas, de murciélagos y de toriurados seres, el antro de castigo que los mortales llamamos infierno.

Una voz bronca le increpó:

—¿De dónde vienes? ¿Quién te dió permiso para salir? ¿Contéstale!

Leandro comprendió que el que así le interrogaba era el propio Lucifer.

—He estado en un baile de máscaras. Este, a la fuerza, me condujo hasta aquí.

—¡Pero sí yo!... Yo soy un mortal, no un demonio...

—¿Intentas burlarte?

—Mi aspecto es debido a este disfraz. Yo no tengo la piel roja.

—¡Ni yo tampoco!

—Esto es percalina. Estos cuernos son figurados.

—¡Pues claro! ¡Como los míos! Y el rabo relleno de algodón, ¿no es cierto? ¡Todos lo sabemos!

Leandro se vió perdido. Comprendió que le sería imposible demostrar que era un ser humano y no un diablo, y tembló ante el presentimiento de lo que, por esta confusión, pudiera sucederle.

—Soy un mortal. ¡Soy un mortal!...

—Bueno, basta de bromas; a tu obligación.

Leandro Montes tuvo una última esperanza. Esto—pensó—es un sueño, un sueño del que pronto despertaré y que podré contar a los amigos del club. He bebido demasiado.

Pero cinco siglos más tarde, Leandro Montes tuvo que rendirse ante la triste realidad.

J. SANTUGINI Y PARADA

LAS LOCURAS DE FEBRERO

Con infantil alegría febrero entra en la palestra, para darnos una muestra de que el mundo no varía, pues en su marcha triunfante, apenas «la dita» enero, surge a la vida febrero para cubrir su vacante.

Mes de amores y conquistas, que para eso fué creado, es febrero el mes soñado por horteras y modistas, que dejan el mostrador y abandonan el taller con ansias de conocer los misterios del amor.

También con loca alegría, febrero, yo te saludo, que eres para mí un escudo contra la melancolía.

¿Quién no recuerda con gozo en este mes de locuras, las diversas aventuras de mis épocas de mozo?

¿Quién se olvidó de Isabel, la modistilla gentil, hermosa como un abril y dulce como la miel?

¿Quién se olvida de la zambra que armé por aquella turca con quien bailé una mazurka en el salón de la Alhambra?

¡La que se armó! Un botarate le dijo no sé qué cosa; ella se puso furiosa, y yo tercié en el debate.

—Listé en un tal.

—Y usté un cual.

—Yo le rompo a usté el bautismo

—Eso hay que verlo.

—Ahora mismo.

—Vamos pues.

—¡So cual!

—¡So tall!

Furioso me acometió y me pegó una patada; yo le di una bofetada... ¡Por cierto que le chocó!

Y como era natural y lógico, el lance aquel tuvo su epílogo en el juzgado municipal.

Por eso con alegría, febrero, yo te saludo, que eres para mí un escudo contra la melancolía.

Pues tú fienes la virtud de evocar en mi memoria la nunca olvidada historia de mi loca juventud.

MANUEL SORIANO.

Dib.
DE BERNABÉ
París.



—¿Y tú, Azucena, de qué vas a ir disfrazada?

—Yo, señorita, de dominó...

—¿De dominó? ¡Ah! sí, de selsoblet

ENCUESTA DE "BUEN HUMOR"

Me he permitido (permítanme ustedes que me contonee un poco nada más), preguntar a buen número de personas conocidas de qué piensan disfrazarse.

Confieso (hay que ver quién es conociendo este cura) que no han respondido muchas personas al llamamiento, porque las circunstancias —¡olé los tíos con ídem!— no son las más adecuadas para hablar.

Pero aunque algunos se han callado como... (suplico a los lectores que pongan ellos la comparación), hay otros que han respondido, como Romanones, el de las codornices (y conste que esto de las codornices no es reclamo); Cambó, a quien llaman el buho de Cataluña (ya sabemos la clase de pájaro que es, hombre!); Weyler, ese militar dandy, que ignora lo que son desastres—y lo que son sastras también—. Alejandro Lerroux, el republicano que grita «¡Viven las caenas!» al verse la suya de oro reluciente; Melquisedes, el afortunado astur, que cuando tenía verse desterrado, se vio enterado en billetes procedentes del sor-

teo de Navidad; Manolo García (no confundirlo con un tal *Espartero* y menos con un tal *Espartero*) el Sansón de la concentración (¡pón, pón!) quien ya no se verá libre de los filisteos que le echaron, aunque emplee para combatirlos la quijada de un expeditado democrata... y otros personajes que nos han enviado su respuesta.

A todos ellos hago presente mi gratitud, y me retiro hacia el foro, que es hacia donde se van retirando también los políticos cesantes.

Conque atención, que van a hablar los mudos.

¿De qué piensa usted disfrazarse el carnaval?

Yo, de bolchevique, aunque me parece que ya me han *tahao*.

Santiago Alba.

Yo, de pobre peregrino, aunque no quisiera seguir «el camino de Santiago»... de Santiago Alba, quiero decir.

Melquisedes Alvarez.

Yo... ¿de qué me disfrazaré yo, que no me conozcan?

Alejandro Lerroux.

Yo, de *contrabandista*, pero ya sabe la Tabacalera, desde que fui ministro, que no soy de los que la perjudican.

Francisco Cambó.

Yo, de Bobo de Coria.

Conde de Romanones.

Yo, de *snoob*, porque ya saben cuántos me conocen que en lo de ir a la última nunca he sido el último.

Valeriano Weyler.

Yo, de Doña Inés en la escena (diré en francés para no ruborizarme), en la escena de la *chaisse-longue*... Yo he perdido la cuenta de qué escena es...

Consuelo "Chelito".

Yo, de joven maurista, si no para pasar por maurista—que no lo van a creer—, para pasar por *foven*—que lo van a creer menos.

Luis de Tapia.

Yo, de gnomo.

J. María Carretero.

Yo tengo que pensar mucho mi nuevo disfraz, porque con el último me conocieron todos y todavía dura la rechiffa.

Marqués de Alhucemas.

Yo, me iba a disfrazar de cojo para que creyeran que era Romanones y a él le atribuyeran mis diabluras. Pero lo he pensado mejor: en vez de cojo, me disfrazaré de mudo, y cualquiera averigüe entonces a qué grupo político pertenezco...

Juan de La Cierva.

Yo no me disfrazo, ¿para qué? Ni con disfraz ni sin disfraz, ya ver quién es el guapo que adivina quién soy yo!

Un gobernador del Directorio.

Y yo (el abajo firmante), también decido no disfrazarme de nada, porque aquí, con disfraz y sin disfraz, todos nos vamos conociendo...

Por el coleccionista,
MIGUEL DE CASTRO



Dib. PONTELA ALVAREZ.—Madrid.

EL DE LAS GAFAS.—A nuestra edad, todo son achaques. ¡Si viera usted qué dureza se me pone aquí cuando me siento en estos bancos!...
EL OTRO.—Eso debe ser mal de piedra!

UNA BROMA ORIGINAL

El marquesito de la Porraneueva salió a la calle aquel martes de Carnaval con propósito decidido de divertirse como la máscara que más se solazase.

Las primeras personas a quienes embromó fueron unas modistillas de la calle de Provisiones.

Se encará con la mayor, que era la más modista y la más modesta y la dijo la elegante frase de ritual:

—¡No me conoces!

La modista y las otras modistas se rieron mucho. Luego se separaron.

A los dos minutos el marquesito abordó a un guardia y entre el guardia y el de la Porraneueva tuvo lugar el siguiente cambio de frases:

—¡No me conoces!

—¡La autoridad no conoce ni a su respetable padre!

El marquesito siguió andando y el guardia siguió parado hasta la eternidad.

En La Castellana el marquesito hizo detenerse al coche de Maura y, encarándose con el ocupante principal, chilló:

—¡No me conoces!

Don Antonio sonrió malloquinamente y Porraneueva siguió andando y el coche continuó rodando.

Aquello iba bien.

Pasado un rato, el marqués se encontró con Francos Rodríguez.

—¡No me conoces!—le dijo.

Y Francos respondió:

—Pero ya que he tenido el gusto de conocerle, no dejaré que se vaya de mi lado sin exponerle mi opinión sobre la constitución del partido de la Unión patriótica.

Y le largó un discurso que no podemos reproducir aquí, pero que lo haremos el día no lejano que BUEN HUMOR consigne de noventa y ocho páginas.

El marquesito perdió un poco de su alegría, pero la recobró en el momento de la separación.

Al cuarto de hora abordó a Chelito.

—¡No me conoces, Consuelo!

Respuesta de Consuelo:

—No importa. Pásese por mi casa, que tendré mucho gusto en recibirle. No creía que hubiese en Madrid un joven a quien yo no conociese. Me contraría.

Eran las seis de la tarde cuando Porraneueva estaba diciéndolo a un caballero que iba con su señora e hijos:

—¡No me conoces!

El caballero quiso adivinar quién era el marqués. No lo consiguió. Se separó de Porraneueva, y éste se dirigió a la condesa de Cardoso que en aquel instante discurría (con un poco de trabajo, porque no era una Fernán Caballero) por la acera de enfrente.

—¡No me conoces!—dijo el marqués a la de Cardoso.

Y, efectivamente, ella no le conoció tampoco.

Porraneueva, cada vez más satisfecho de su éxito, siguió embromando a los alegres paseantes.

Cerca de las seis y media se encará con un aristócrata andaluz y le repitió la consabida frase:

—¡No me conoces!

Y el caballero bético alzó un bastón egregio que llevaba y lo depositó sobre las costillas del marqués cuarenta veces y repique. Luego dejó el bastón y elaboró a brazo la más alisonante paliza que vieron los siglos. Después dió descanso a las manos y continuó la agresión a pierna limpia. ¡Cosa fantástica, que lamento que ustedes no pudieran presenciarse!...

En efecto; el marqués había estado toda la tarde diciendo ¡no me conoces! a personas que realmente no le conocían, y en eso consistía la broma; pero al llevarla a efecto se le había olvidado con la prisa en salir a la calle, ponerse el disfraz y la careta que tenía preparados para la ejecución del plan.

¡Que si no se le olvida ese nimio detalle, no pasa nada!

La broma, de todas maneras, tuvo un final de cierto e inesperado gracejo.

ERNESTO POLO



Dib. BAL.—Madrid

—Con los niños no se puede ser blando. Yo, a los míos, los tengo en un puño.

—Bueno, los tiene usted en un puño porque son gemelos.

CUENTO DE CARNAVAL

EL DISFRAZ

Aquel sábado, víspera de Carnaval, don Roberto se acostó desahogado de sus variadas oraciones al Altísimo. Don Roberto era un hombre modelo. Todos los que vivían a su alrededor coincidían en asegurar que era un santo. Su esposa, sus hijas, toda su familia admiraba aquella bondad infinita, aquella modestia sin límites y aquella generosidad. En el Banco donde prestaba sus servicios, se citaba su persona siempre que se quería poner un modelo de hombre honrado.

Y don Roberto, la víspera de Carnaval se había acostado, obsesionado aún por la conversación sobre los disfraces que habían sostenido los suyos en la mesa.

—¿De qué te vas a disfrazar, papá? —le había preguntado una de sus hijas.

Y don Roberto reía, al imaginarse vestido de máscara.

Sin embargo, la obsesión seguía, y el buen señor, en el lecho, reflexionaba sobre la importancia de disimular su personalidad por una vez. La máscara, que permite ser completamente sincero al que se oculta detrás, no parecía del todo mal al bondadoso caballero. Yo me disfrazaría—pensaba—, pero com-

prendo que a mi edad la careta me retondearía demasiado y el cuerpo no ha de poder seguir la burla a que el rostro de cartón obliga.

Yo me disfrazaré más íntimamente, pero mejor, más completamente. Variaré en lo moral, cambiaré mañana mi manera de ser. Nadie me conocerá.

Acto seguido, se durmió.

Lo primero que acudió a su mente al despertar, fué su propósito de disfrazarse. Con la idea sonrió tanto, que se desveló.

Despertó a su esposa, que roncaba mansamente junto a él, gritando con voz estentórea:

—¡¡A ver ese desayuno, si va a venir hoy!!...

La señora le miró alarmada; era la primera vez en su vida que le oía levantar la voz.

—¿Qué te ocurre, Roberto?

—¿Qué me va a ocurrir? Que en esta casa todo está desorganizado; estoy seguro de que las criadas están aún en la cama.

La esposa del disfrazado se levantó presurosa, dejando iras ella el vaho caído del sueño.

Don Roberto la contempló hosca.

mente, siguió con mirada de aduanero los manejos de su cónyuge ante el espejo. Después comenzó a hablar lentamente, dirigiéndose a ella:

—¡Qué ruína!, ¡pero qué ruína! Si llego a saber que te libes a poner así, cualquier día me caso contigo; y es que, claro, no te cuidas, comes mucho, te mueves poco, y así todo se derrumba. ¡Qué horror! ¡Qué ruína!

—¡Infame!, ¡infame! —le dijo, y después empezó una larga discusión sobre quién tenía la culpa.

Cuando el enmascarado se hubo vestido, entraron sus hijas a saludarle. Don Roberto las recibió con malos modos.

—¿Pero, qué te ocurre?

—Nada, nada; dejadme en paz, sois insoporables.

—¿No vienes a misa con nosotras?

—¡No! —contestó él secamente.

—¿No vas a rezar hoy a San Antonio? —insistieron.

Don Roberto respondió con ru-

deza: —¡A mí no se me ha perdido nada!

Después salió a la calle dando un portazo y dejando a los suyos consternados.

—¡Está desconocido! —dijeron.

Entró en el casino silbando una canción perversa, que había oído por el patio de su casa a una criada de la vecindad. Se dirigió hacia el grupo que de ordinario formaban sus amistades.

—Roberto, ven a jugar una partida de ajedrez—exclamó alguien—. Pero hubo de enmudecer de sorpresa. Don Roberto había contestado: —¿Cómo ajedrez? ¡Mujeres! Hoy es día de mujeres guapas; me voy al «bar»...

Sus amigos quedaron consternados. ¿Pero, quién es éste? —se preguntaron—. ¡No es el mismo!

Don Roberto almorzó en el restaurant más concurrido, con una rubia opulenta, perteneciente a esa clase de mujeres, que en cuanto os conocen os quitan el pañuelo de seda.

Varias familias, amigas, lo vieron y no podían creer en lo que veían sus ojos.

—¿Pero, es posible que sea él? —se preguntaban—. No, no puede ser; ¡un hombre tan serio!, ¡tan bueno! Pero cuando más le miraban, más crecía su propio parecido. Las señoras exclamaban: ¡Pobre Conchita!

¿Conchita era la esposa de don Roberto.



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

EL GUARDIA.—¡Le advierto a usted, señor comisario, que de este domingo hay ahí una ficha.

El enmascarado volvió a su casa de muy buen humor. Entró en el salón, diciendo chirigotas de un verde subido, y después se dirigió a su cuarto, en donde se endosó un frac que oía a naftalina.

Después volvió a salir a la calle, pero antes, al pasar por el salón donde seguía su familia y unas visitas, anunció que no vendría a comer y realizó un precioso mutis, ejecutando un paso de Shimmy.

Las visitas no podían creer que el bailarín fuera el amo de la casa. ¿Quién es?—preguntaron—. Y la esposa de la máscara, contestó:—Un pariente de mi marido.

Don Roberto se divirtió extraordinariamente en el baile, hasta que el exceso de bebida hizo que se retirase a su casa, conducido por algunos amigos que no lo podían reconocer en esa testitura. Y la máscara durmió placidamente hasta la mañana siguiente.

Don Roberto se despertó en estado normal de la jornada anterior; sólo conservaba la sed. Pero él volvía a ser el hombre modelo de siempre. Sin embargo, una idea le inquietaba. ¿Podría arrancarse el disfraz del día anterior, o la gente impresionada por aquél no le permitiría usar otro traje? Don Roberto temía las sonrisas intencionales, los comentarios entre las familias a quienes había escandalizado con sus excesos, la tirantez conyugal.

—Pero, si después de todo, nadie me ha reconocido. No creían que era yo. Mi disfraz era perfecto—se dijo para tranquilizarse.

Después elevó unas oraciones a San Antonio, y antes de vestirse, para acudir a su trabajo, despertó a su esposa con unas palmaditas, diciéndole con su voz más cariñosa:

—¡Tonta, tonta; que ayer no me conociste!

EDGAR NEVILLE



EN EL BUFFET DE BAILE

Dib. CIENFUEGOS.—Mañana,

EL CLIENTE (al camarero que se apellida Pin).—¡Pin, pon, pan!

COSAS DE MI VIDA EL AÑO QUE ME DISFRACÉ DE AVIADOR

Si quieres vivir muchos años,
no tomes ningún específico.

Proverbio persa.

Aunque parezca mentira, tengo ideas propias sobre el Carnaval. Comprendo que esto de tener ideas propias es el comienzo de esa enfermedad misteriosa que se llama enajenación, pero no puedo remediarlo: tengo ideas propias.

El Carnaval me parece la imbecilidad elevada al cubo; pero elevada a una altura que produce vértigos. Al hombre que se disfraza, le catalogo inmediatamente en un cuaderno que tengo para el caso y que ostenta la siguiente cabecera: *Ciudadanos españoles que han llegado a la perfección de la idi-*

tez. El primer nombre que aparece en ese cuaderno es el mío. Sí, lectores. Yo me disfracé hace tres años. Voy a contaros el hecho, con sus antecedentes y consecuencias. Presladme atención.

Se anunciaban los Carnavales y juré por mi honor de madrileño contumaz que ni un momento pensé en aprovechar aquellas fiestas para regocijo de mi espíritu. Mis convicciones son firmes cual un soldado presentando armas. Y, con la sencillez con que ocurren las mayores desgracias, el jueves anterior al Carnaval e presenté en mi domicilio Acisclo Tiberiades. ¿No sabéis quién es? ¡Pues me extraña como

un sólo de batuta! Acisclo Tiberiades es un as, un aviador que ha querido más moños que una peñadora, un hombre que, agarrado al volante de su avión, riza el rizo, planca, cae en *barrena* y hace el *loupin*.

Entró Acisclo en mi estancia y me preguntó si pensaba disfrazarme. No apuntó aquí lo que le contesté, porque tengo respeto a mis lectoras. Pero lo que sí voy a apuntar con tanto cuidado como en un concurso de tiro, es que, gracias a su oratoria infernal, Acisclo me convenció de que debía disfrazarme. Y me disfracé de aviador. Un aviador sin aeroplano es tan absurdo como un camello con sombrero. Tiberiades



VISTA GENERAL DE UN BAILE DE MÁSCARAS EN LA TARDE DEL DOMINGO DE CARNAVAL

Dib. Sáma.—Madrid.

me aleccionó sabiamente, me prestó su aparato, y aquel domingo de Carnaval, a las once y cuarenta y dos minutos de la mañana, comencé a evolucionar sobre Recoletos.

Declaro que estaba orgulloso de mí mismo; nadie llevaba un disfraz tan original como el mío. Sólo un punto negro empalmeaba mi dicha: ningún ser humano de los que abajo paseaban se dio cuenta de que yo iba disfrazado de aviador; todos—¡oh, estulicia de las muchedumbres!—creyeron que era un aviador de verdad, a pesar de que yo rugía: «¡Que voy disfrazado!»

El avión de Tiberiades era magnífico; hacía los 114 a la hora; de suerte que a la una de la tarde había pasado junto a la estatua de Cristóbal Colón noventa y cinco veces. El navegante, desde su larguísimo pedestal, daba claras muestras de estar mareado. Me extrañó el suceso, por tratarse de un marino de su altura.

El público estaba ya seriamente preocupado. Sin duda temían por mi razón y por sus vidas. Yo volaba dos metros por encima de los árboles, porque disfracé para volar a 500 ó a 1.000 metros sobre el Carnaval, fue una idea que deseché no bien surgió en mi mente. En una de las evoluciones le rompí la cabeza a Isabel la Católica, distracción que motivó un rugido de la multitud. A la una y media de la tarde, un guardia se subió en la verja de la Biblioteca Nacional y me lanzó un papeletito. Decía así: *El Director de Seguri-*

dad le ruega amablemente que vuele sobre el desierto del Sahara. Le contesté con otro papel concebido de esta suerte: Le tengo miedo al simoun.

Fué entonces cuando pude observar que el aparato no me obedecía. Manobré inútilmente para ir a casa en busca del almuerzo: los timones no respondían y ni podía abandonar la línea recta ni elevarme dos centímetros más. Lloré le grimas a margulismas.

Desde aquel momento, el aeroplano procedió de acuerdo con su libre albedrío. De improviso se colocó con las ruedas en alto. Un grupo de máscaras aplaudió con entusiasmo y, no sé por qué, me gritaron que cantase *La Jara*.

Al llegar a la Cibele, el avión giraba por sí mismo y enfilaba de nuevo Recoletos, y al alcanzar el Hipódromo, obraba de igual forma y cogía la Castellana; pero siempre volaba con las ruedas hacia el firmamento.

Dieron las tres de la tarde. Ninguna carroza podía irrumpir en el paseo, porque mi aparato las habría hecho astillas. Se veía que el público estaba un poco aburrido de aquel vuelo vertiginoso, invertido e incesante.

El martes de Carnaval, las cosas seguían en el mismo estado. Comenzaba a dolerme un poco la cabeza.

Entonces en el cerebro de un malvado nació una idea diabólica. Subidos en las tribunas, a lo largo de todo el paseo, cuarenta guardias urbanos enarbolaban sus nítidas porras. Y cuando yo, cabeza abajo, pasaba al

lado de ellos, recibía en el cráneo cuarenta golpes contundentes.

Verdaderamente, ¡movió que se celebrase el Carnaval de aquel año, pero también es cierto que desde tal fecha mi cerebro no rige.

Y pienso con horror en lo que me sucederá el día que tenga que utilizarlo.

Enrique JARDIEL PONCELA

UN ANTICARNAVALISTA FURIBUNDO

Un lector que no quiere dar su nombre, ni una peseta a cambio del favor que solicita, nos remite el siguiente desahogo que, a falta de otra cosa mejor, publicamos con sumo y pontifíce gusto:

«Me molesta el Carnaval de una manera candente y estentórea. Cada domingo gordo que surge del almanaque me cuesta a mí un disgusto mucho más gordo que el domingo. Cada comparsa que oteo me enferece y cada disfraz que examino me coloca al allado borde de la agresión personal, o pondría mis manos en la mar de faces para arrancársela el antifaz, aunque no con el alma que tuvieren porque yo no tengo alma para eso (ni cuerpo para resistir las consecuencias fortísimas que de mí insensato acto se derivarían seguramente). Yo ahogaré en el Manzanares, o por lo menos lo intentaré aun desesperando de conseguirlo, a todo el que me dice: *¡no me conoces con ese falsete gutural sólo tolerable en una partitura de Wagner*. Yo ingresaré en uno de los presidios españoles menos cómodos, con una herbaridad de gusto, a cambio de que me dejasen asesinar completamente a seis o siete señores de esos que se colocan una nariz postiza y van por las calles tan ufanos de empujarse a Sánchez Toca y teniéndose que sonar para sus adentros en caso de constipación repentina. Yo mascaré la nuez a un bebé, si era del sexo masculino, y estoy ciertísimo de que también le mordería un poco si era del femenino y si me dejaba apretar los incisivos a mi gusto, que todo pudiera suceder, porque en Carnaval, el absurdo, la parodia y los bebés que le permiten a uno que apriete más que un dolor son cosa corriente y algo moliente y abundosa.

Mi horror al Carnaval, señores y señores, nace de varios funestos errores padecidos por mí en mi primera juventud, cuando yo era pollo e inocente (o sea lo contrario de Rafael Gómez Ortega, que es Gallo y culpable).

El primer error, el error que determinó el horror, me lo hizo sufrir la contemplación de una al parecer lindísima mascarita, a la que empecé a adorar a través de un antifaz de seda y de un



Dib.
PERALS
Grenada.

NOVIOS «BIEN»

—¡Ay, Tirina, eres tan dulce que no me atrevo a besarte por no volverme diabólico!

dominó el poroso que hacía más al parecer encantos y que había sido incitante e interesante su al parecer peregrina belleza. Me interesé por ella de un modo cándido y provinciano; la chicleé de una manera insistente e insistente y única; la quise en las callejuelas, plazas, plazuelas, paseos públicos y afueras que tenía Madrid entonces, de una forma obstinada, perenne y permanente; y acabé por prendarme de aquella, al parecer vanasura incógnita de una, de una manera de una forma absoluta y absoluta y recalcadamente matrimoniales. ¡Pero, ah, señores y señoras, al quitarse el anfilaz fué ella! ¡Quiero decir que fué ella la que por poco me sigue a mí empujando frases insultantes, y muy merecidas, de un gallo, al ver la efrección desentada de un gallo, de un fisonomía! ... ¡La encantadora mascarina era la que andando el tiempo (andando la mar y la mar de tiempo) había de llamarse en los fastos del arte español dola Loreto Prado, muy señorial y señorial, y de una manera respetos desde un poco después, por que aquella tarde quedó muy mal como ustedes habrán apreciado!...

El segundo error carnavalesco me lo hizo padecer una comparación de lisidos, por la que me interesé fuertemente. Uno de ellos, que en el momento de la salida me estaba mirando, me contemplaba las galias de todos los demás, es el que, por su acentuada cojera y por ser el que con más eficacia pedía el óbolo a los transeúntes, me hizo caer en la lamentable confusión. Yo opiné de una modo definitivo: temple galias, coja el óbolo, líndese en lugar de darlo, ¡uego no puede ser más que el excelentísimo señor conde de Romanones...! ¡Y, como ustedes adivinaron, resultó que no era ni siquiera conde, aunque estoy seguro de que, por los años que me faltaban para serlo, los tres ítems que me faltaban para las tres cosas que hacía no se pueden aprender más que situándose en las proximidades del repetido conde y viéndoselas realizar las repetidas veces que el repetido conde se repite en las proximidades de las constitucionales (¡míau!) tiempos que ojalá no vuelvan!!

Otro día mis errores, me lo produjo una hermosa desconocida, disfrazada de virtud romana y que resultó ser Teresa Saavedra, y el más lastimoso de todos los errores padecidos corrió a cargo de un socio que ocupaba una carroza premilada, figurando un harem, con freina esclavas tan de ole con ole que con una sola sobra para irse a hacer compañía a Alá y a su aplaudiendo decir que yo, Mahoma. Excusado es decir que el sudario citado era el sultán del susodicho harem, pero que es en cambio necesario apuntar en lo que consistió mi error funesto. Yo aseguré que Aquel ansioso, no podía ser otro que Camé, ¡pero, contra toda

Dib
PASSARFN
Barcelona.

EL.—¿Dices que en este baile me vais a dar una sorpresa?

ELIA. — Sí, es muy divertido. A las dos en punto Luisito Ponce va a traer a tu mujer.



lógica y pertinencia resultó ser Edmond de Bries!!... Todavía no me he explicado a santo de qué venía semejante extrahumano disparate.

Hay otra razón también poderosísima, que explica mejor que un catedrático mi odio senegalés al Carnaval. Mi casa, que no digo que es la de ustedes porque vivo en perpetua bronca con mis familiares y lo iban ustedes a pasar muy mal, pues mi casa, repito, es en todo tiempo una carnavalada perpetua.

Demostración elocuente y rauda:

Tengo un adorado hijito que es un niño llorón (tiene seis meses y ustedes creo que sabrán dispensarle, teniendo en cuenta que yo, que le oigo, le dispense también).

Dispongo también de dos bebés (tres y cuatro años), de una destrozona (siete años, dos trajes mensuales y un par de zapatos bisemanales) y de un diablo (que tiene ocho primaveras y se ha empeñado en gastar saliva con todos los sombreros flexibles de los vecinos más conspicuos).

Mi hija mayor posee un novio que
 hace el oso todos los días de cinco a
 seis. Mi señora, por la elegancia y dis-
 tinción con que se atavía, es una cha-
 rra. Mi suegro un payaso y mi distin-

Y, lo que es peor, domina y seguirá dominando como no la mate, que aquí para *infer nos*, no me atrevo. Si alguien de ustedes se atreviese, le doy tres mil pesetas, reconociendo que está muy mal pagado... pero no tengo más...

Mi casero es un bandido, y por desgracia no es un bandido generoso; mi criada una paleta y la niña del principal que estudia piano, una murga gaditana.

Y, finalmente, el labernero y el lechero de la planta baja son dos marineros de agua dulce, y el vecino del segundo (que pertenece *todavía* al partido de Sánchez Guerra) un comparsa.

Terminaré diciendo que el día que mi mamá política se enfada conmigo y con los vecinos, mi domicilio es un baile de la Gran Piñata.

¿Está explicado mi horror al Carnaval?

¡Pues que ustedes lo pasen mejor que yo..., que es tanto como decir que deseo que lo pasen bien!

Porque yo lo paso que no sé cómo lo paso...'

Por la transcripción
NÉSTOR O. LOPE

Por la transcripción

NÉSTOR O. LOPE

DICE DON CARNAVAL

Me condujo hacia un banco de la Castellana, bruñido por el sol sin picardías de enero, y haciéndome seña de que me sentara a su lado, sacó un paquete de cartón y se puso a liar otro cigarrillo deforme y ordinario.

—Ya ve usted—murmuró—. Dentro de pocos días tendré que venir por estos barrios a hacer un poco el ridículo en nombre de la costumbre. ¡La costumbre! según ha dicho un escritor francés de ahora, ese animal que vomita cadenas, y cuya cola es un péndulo... Este monstruo divide a los habitantes de la coronada villa en dos bandos; el de los señores que se dedican a cambiar de traje y a comerse las pastas en los «casaltos», y el de los «adidos», generalmente, de más edad y dentadura posita, que escriben unos artículos terribles abominando de los bailes de máscara, donde se reúnen unos cuantos aburridos para recibir pisotones y pagaries unas botellas de sidra a unas cuantas hembras gordas...

Hizo una pausa, y carraspeó concienzudamente. Después sacó del bolsillo una cajita llena de píldoras, y se tomó dos. Tenía cara veridosa de dispeptico. Lleva un traje hecho en algún bazar económico. Las botas eran de paño, y por entre la bufanda, apesetosa a nicotina, le rebullía, con viveza de gorrión, la nuez; una nuez rojiza y granulenta como una berruga.

—Sí, amigo; —repuso después de que se le hubo calmado el acceso de asma—. La época del confetti y de la careta me espanta. Ya estoy aburrido hasta más no poder. Visto de mujeres a muchos que durante el resto del año pugnan por parecer hombres; promueve bacanales de percalina y de pino; calafateo a infinidad de madamas, ya en segunda reserva; echo a la calle a todas esas muchachitas que coleccionan versos mediocres y baten la mayonesa los días «gordos», junto al libro de misa y la carta del «adorado tormento»; lufro calvas, fomento la

simpleza, avivo la puerilidad; hago sudar a la gente en las apreturas para que asegure después que se ha divertido; dsencadenó la grosería; frueco en «vinazo» el mosto, y transformo en ruido la canción... Todo el mundo cree que soy un repartidor de cascabeles, cuando en realidad me limito a extender cédulas de plebeyez. Pierrot es un sepulcro blanqueado; Colombine una nena clorótica que busca, bien apretujada, lo que sola detrás de su balcón, no halla nunca; Arlequín abandona la covachuela o el mostrador, para berrrear un poco lejos del balduque y de la «parroquiuna» machacona... Durante tres o cuatro días una acera, llena de simples, trata de embucar a la otra acera, rebosante de turistas. Ponga usted por la calzada unos cuantos coches asustados, bien cargados de gente opositora a la fargintilis, y ahí tiene usted la imagen de las Carnestolendas matritenses...

—Pero... ¿argü yo, de buena fé—, todo eso es hipocresía? El Carnaval viene siendo la feria del buen humor; la esuma de los veinte años; el alma moza, la pirueta feliz, la confraternidad sin reservas ni emboscadas; la linda comedieta de todos los años necesaria para el hombre, como un derivativo.

Don Carnaval me contempló atónito

—¿Es usted de aquí?

—Incliné la cabeza.

—¿Tiene usted hijos?

—Sí, señor; y mi mujer, con mi suegra, los va a disfrazar, al uno de diablillo y a la otra de alsalciana.

—Pues es usted un perfecto imbécil, —resumió, rompiendo nuevamente a toser.

Hube de inclinarme con gesto desesperadamente magnífico.

—No he conocido impunidad más absoluta que la de la vejez, —rugí—. ¿Cómo podría atreverme yo a manchar mi brio de animal de costumbre con una bofetada sobre sus arrugas? ¡Vaya usted al Infierno y llévase a él su acidez de vejestorio y sus achagues de podrido! Por bien español me tengo, y por muy filósofo, que he elegido fechas oficiales para divertirse.

—Me inspira usted lástima, —repliqué, sacando la nuez por encima del trapo que ceñía su gahote—. Cuando cumpla usted mis años, volveremos a charlar, en este mismo banco. No tengo prisa... Aquí espero...

Me levanté, indignadísimo. El bilioso viejo se echó a reír socarronamente. Su risa sonaba a eslabones, a resposos, a portazos...

E. RAMÍREZ ANGEL



Dib. PADILLA.—Madrid.

—¡Hotel Continental! Buenas habitaciones, cuartos de baño, duchas...

—Diga usted, ¿tiene calefacción central?

—No, señor. Pero todos los jueves roban por los procedimientos modernos.



EN PLENO DESENFRENO

—¡Pisa, morena!... (Música conocida.)

Dib. RAMIRO—Madrid.

CARNAVAL HABEMUS

ENTRE UN TANGO Y UN FOX-TROT...

Dos pingüinos:

—¿Está todo a punto?
—Todo. Tenemos el entresuelo número nueve y en él seis botellas de Champán y los comestibles correspondientes.
—¿Y ellas?
—No tardarán. Vienen Carmen, Lola, Pilarín, Felisa... ¡la creme!
—¡Pobres chicas!... Me admira la buena fe con que acuden al baile, como si en él fuesen a encontrar una fortuna.
—Tal vez encuentren, a pesar de todo, algo de su gusto...
—¡Lovelace!...
—¡Pchsi!...

Ellas:

—Oye: ¿nos conocerán?
—¡Cál!... Son más tontos que mandados hacer a la medida.
—¡Razón tienes!... ¡Ya verás el gasito que han hecho para obsequiarnos!... ¡Un pelco, champán, flambres... qué se yo!

—Y, seguramente, todo eso a costa del estanco. ¡El tiempo que se habrán pasado sin fumar ahorrando para la noche de hoy!
—Y lo menos que se imaginan es que, gracias a esas botellas...
—¡Figurate! ¡Qué inocencia! ¡Como si viniésemos del pueblo!

Dos que bailan:

—¡Estás encantadora!
—¡Exagera!... Mira que las apariencias engañan.
—Ahora no hay cuidado. Toda tu persona me enloquece; el dulce timbre de tu voz, las voluptuosas curvas de tu cuerpo, la elegancia de tus manos...
—¡Qué será cuando me quite la careta!
—La fe mueve las montañas.
—¡La fel!... Hace tiempo que la he perdido. Solamente había una manera de recobrarla.

—¿Cuál?
—Si me repetirás todo eso en el *ambigú*...

Unos que observan:

—Cada año está peor esto... Nunca he visto tan espantosa exhibición de vulgaridad y mal gusto.
—¡Pchsi!... La falta de dinero, que hasta a las máscaras alcanza.
—No lo creas. Más que falta de metálico, es ausencia de gracia, de ingenio. Para tener buen gusto no se precisa el dinero. Una mujer cursi vestida de seda y pedrería siempre será una fachá; pero da cuatro trapos a una mujer «chica», y verás que los combina de tal manera que parece una reina.
—Quizá no te falte razón.
—Mira en torno nuestro: el eterno «Pierrot», el eterno «bebé», y las chulas, las majas, las charras, las pasiegas de siempre...
—¡Corramos un velol
—Sí; y vamos a tomar una friolera.

Uno y una:

—¿Y tu marido?
—¡El muy sinvergüenza!... Mirale allí convenciendo a una «cantinera».

El marido y la cantinera:

—Pero ¿y tu mujer?
—En casita, durmiendo como una santa.

Dos filósofos:

—¡Qué cosa más estúpida son los bailes de máscara!
—Entonces, ¿por qué subsisten?
—¿Por qué se conservan?
—¡Qué quierera!... En la vida, unos van hacia delante, mientras otros se retiran discretamente por el foro. Tú y yo pertenecemos a los que hacen ese obligado mutis, pero hay otros desechos de vivir, de gozar, de saber... y esa es la inmensa mayoría de los que componen el público de los bailes de Carnaval.
—Oye: y cuando esos se enteren de lo que son tales bailes...
—Harán lo que nosotros: filosofar en un rincón... y dejar hueco a los que llegan desechos de «ver qué pasa».
—Es decir, que estamos en un círculo vicioso, permanente, inmutable, eterno...
—¡La vida, amigo mío, la vida! Siempre renovándose y siempre, en el fondo, la misma cosa.



EL CURDA.—¡Anda, monísima... quítate la careta,

Dib. Mas.—Madrid.

VICENTE VEGA

LAS ESTUDIANTINAS

Todos los años, en cuanto llegan estos locuaces días de Carnaval, surgen, inevitables, en periódicos y revistas, artículos, crónicas y poesías dedicados a las estudiantinas. Los citados trabajos, poco más o menos, se titulan así: «La estudiantina pasa»... «La estudiantina ha pasado»... o «Corremos el grave peligro de que la estudiantina llegue a pasar», y, coincidiendo con la falta de novedad de sus titulares, tratan sobre un único tema. Invariablemente, semejantes producciones comienzan con una serie de rimbombantes elogios, consagrados al pintoresco indumento del estudiante. A continuación, se elude a un escolar, dicharachero y conquistador, que, lleno de galantería, destacándose de la Tuna, lanza al suelo su capa, para que la pise una guapa moza. Esta muchacha, que forzosa mente ha de ejercer la profesión de modista, pasa a ser novia del estudiante... Transcurre el tiempo. El escolar termina sus estudios, y, al verse obligado a marchar de la corte, deja abandonada a la modistilla. Al año siguiente, cuando de nuevo circulan por las calles las estudiantinas, la pobre muchacha, llena de desconsuelo, llora, recordando al amado... ¿No es cierto, querido lector, que ha leído usted algo semejante numerosas veces?

Como, en nuestra opinión existen ciertas inexactitudes en los citados trabajos, se nos permitirá que, para rebatirlos, hagamos algunas objeciones. En primer término, ¿en qué se fundan para sentar terminantemente, axiomáticamente, que el estudiante se enamora tan sólo de las modistas? Al hacer tan categórica afirmación, ¿no incurren los autores en una evidente falta a la realidad? Las dactilógrafas, las vendedoras de décimos, las dependientas de comercio, entre otras, ¿no son, por ventura, merecedoras también de la atención amorosa de los estudiantines? Para que no se continúe falseando la verdad, sería conveniente que cronistas, poetas y autores de cuplés, se enteren de una vez que, si bien el escolar, en ocasiones, elige como amada a una modistilla, suele también, en uso de un derecho que no se puede negar, enamorarse idénticamente de una florista o de una empleada del «Metro»...

Pero, en fin, si los mencionados trabajos fuesen inexactos solamente en semejante aspecto, nosotros hubiésemos permanecido silenciosos, permitiendo que, como tantas otras, circulara por ahí esa falsa leyenda. Lo que de ningún modo puede pasar sin nuestra protesta, es la afirmación, hecha con caracteres incontrovertibles, de que las estudiantinas carnavalescas están compuestas por estudiantines.

Eso es inexacto por completo, absolutamente falso, y, en prueba de nuestra aseveración, rogamos al amable lector que se fije en los individuos que forman tales comparsas. ¿Pueden ser estudiantines, aunque vayan ataviados con la pintoresca capa y lleven sobre la cabeza un bicornio, en el que se destaca, a modo de emblema, una cuchara

rilla de palo, caballeros barrigudos, cuarentones y de pelo blanco o canoso? Pero ¿es que, por su edad y aspecto, no se ve claramente que los sujetos que constituyen las estudiantinas que circulan por nuestras calles, son horteras, o, a lo sumo, simples oficinistas?

¿A qué viene, entonces, ese horrible machaconeo, falso e irreal, con que,



Dib. Borain.—Madrid.

A LA SALIDA DL BAILE

—¡Cincuenta pesetas los billetes, doscientas la cena y treinta y cinco el auto!.. ¡Pues mira, mascarita, aun creí yo que me iba a salir más... caríata!

cuando se acercan los días de Carnestolendas, nos abruman tantos escritos, para, por millonésima vez, hacer un lírico canto a la estudiantina y a los escoclares?

Todo el mundo, pues, está harto de conocer que, en los actuales tiempos, las Tunas que rigidamente formadas, transitan por nuestros paseos, tocando bandurrias, guitarras y panderetas, jamás se componen de estudiantinas auténticas, y así, el ciudadano que ve desfilar ante su vista una estudiantina, piensa:

—Esta estudiantina que pasa por aquí podrá ser la estudiantina de los Pescaderos. O la de los Vendedores de Turrón. O, tal vez, la de los Empleados de Comercio...

Conviene, a pesar de lo manifestado, hacer constar, aunque haya quizás quiculado por las calles de la corte una auténtica Tuna escolar. Así, al menos, lo aseguraba el otro día, en el Salón del Prado, un anciano señor que, junto a nosotros, ocupaba, al sol, un banco, y, rememorando pasados tiempos en compañía de otro caballero de su misma edad, decía:

—¿Recuerda usted, don Facundo, qué excepcional fué el carnaval de 1857? Me refiero a aquel año en que, por Madrid, se paseó una estudiantina formada por estudiantes...

Luis ESTEBAN.



- Te juro que yo sin mi marido no podría vivir...
—¿Tanto te quieres?
—No, ¡es que es él el que sostiene la casa!

Did. SERNY.—Madrid.

Una revolución inminente y espantosa

No os asustéis, alegres y hermosas lectoras y queridos y bondadosos lectores de Buen Humor. No os asustéis, aunque no pueda dejar de deciros que nos amenaza una revolución horrible, espantosa, apocalíptica, como no se ha conocido otra igual desde que el Universo existe. Y conste que no me refiero al que dirige Rufino Blanco, sino al dirigido por el mismísimo Dios Padre Todopoderoso.

Tan tremenda es la revolución de referencia, que a su lado la francesa de 1779, la que costó la vida al pobre Luis XVI y a su linda esposa María Antonieta, resulta tan pequeña, que queda en francés; y la de los bolcheviques de 1917, más que revolución fué una ensalada necesariamente rusa.

Sentiría en el alma meteros el corazón en un puño con el anuncio de esta revolución que ya se ciernen sobre nuestras cabezas, porque a todos os tengo por personas pacíficas, aunque entre las lectoras habrá muchas de armas tomar y utilizar, pero mi estrecha conciencia me impide ocultaros la verdad. Y la verdad es que la tal revolución no sólo es inminente, sino inevitable y arrolladora, porque no existe fuerza humana capaz de contrarrestar su empuje avasallador.

Tan enorme será, que no ha de afectar únicamente a España, sino a toda Europa, y a toda la Tierra, y a su satélite la Luna, y a Marte, y a todos los planetas habitados.

Allá va el notición.

Unos señores sabios, atentos solamente al laudable fin de proporcionar robustez y salud a prueba de bombas a todos los humanos, pero incapaces de darse cuenta de las consecuencias desastrosas de su invento maravilloso, han conseguido aislar las vitaminas de los alimentos. Y por si no sabéis lo que esto significa, voy a explicároslo con sencillez, prontitud y economía.

Las vitaminas están encerradas en unos comprimidos, que tomados con regularidad y algo de leche, dan al organismo unas energías físicas insospechadas, incomprensibles y fabulosas.

El hombre es débil, y la mujer más débil por su sexo; pero con esos comprimidos, el hombre más débil y la más anémica damisela, al cabo de unos días adquieren unas energías y un vigor que se ponen a luchar con Ochoa en el Norte, y el primer empujón lo mandan al Este.

Los niños, a los siete meses tienen un año, a juzgar por sus fuerzas y estatura, y a los doce años pueden entrar en quinta, porque aparentan ya veinte.

Claro, que a las niñas les ocurre lo propio, y cuando cuentan solamente doce primaveras, ya aspiran con vehemencia al matrimonio. Y así continúan todos a galope hacia la completa robustez, hasta las treinta primaveras aparentes. Cuando llegan a las treinta se paran; de modo que no hay nadie que haga treinta y una.

Los viejos, cada año tienen uno menos, hasta retroceder también a los treinta; de suerte que, dentro de poco, no se verán sino hombres treintenos y

mujeres del más suculeto y dulce jamón. Todas jamón en dulce. Porque las de cuarenta no se conocerán y las de cincuenta únicamente en los estancos.

Ante semejante vigor físico de todos los humanos, desaparecerán todas las enfermedades graves, y los médicos no hallarán ocupación si no se dedican a enfermedades leves y a tocólogos.

Porque aquello que dijo Dios a nuestro querido papá Adán y a su señora doña Eva (primer premio en el concur-

so de belleza celebrado en el Paraíso Terrenal): *crecete et multiplicamini* (creced y multiplicaos), lo dijo propia e indiscutiblemente para cuando los sabios aislaran las vitaminas. La Humanidad aumentará de manera asombrosa, que no cabremos en la Tierra y tendremos que emigrar a la Luna, a Marte y demás mundos habitados... donde por su atraso no conozcan todavía este trastornador invento.

MARTÍN ARAGONÉS

DEL BUEN HUMOR AJENO EL EXTRAÑO BOXEADOR O LOS MISTERIOS DEL RING

por CAMI

(La escena representa la casa de un viejo boxeador.)

EL VIEJO BOXEADOR.—¿Queréis que os cuente, amigos míos, la más extraordinaria anécdota de mi brillante carrera? Pues escuchad.

CORO DE OYENTES.—¡Escuchemos al viejo boxeador!

EL VIEJO BOXEADOR (después de haberse dado un directo sobre la nariz para aclararse la voz).—Esto pasó al principio de mi carrera, después de triunfar sucesivamente en las categorías de pesos-plumas, pesos-cog, pesos ligeros y medios pesos; acababa de ganar mis primeros combates con no peso-pesado, cuando fui invitado a lutar un gran match de boxeo en Clermont-Ferrant.

Mi adversario era un boxeador australian, llamado el «Invulnerable de Saint Flour», un hombrecillo enclenque y más pequeño que un jockey. La víspera del match, cuando me lo presentaron, creí se trataba de una burla, pero los organizadores del encuentro me aseguraron que su habilidad era tan extraordinaria, que allí donde le veía, había vencido a los pesos pesados de más reputación de la comarca.

—Es un boxeador formidable—añadían.
—Ya veremos mañana, les respondí yo, con un alzamiento de hombros significativo de todo el desprecio que me causaba la enteca apariencia de mi adversario futuro. Al primer puñetazo —pensaba—, a este ridículo espantapájaros lo envío al techo de la sala.



(De The Passing Show, London.)

LA CORTINA CORRIDA



(De weekly Telegraph, Londres.)

—¿Estás cansada, mamá?

—Sí, hijo, no puedo ni mover una mano.

—¡Ah! ¡pues entonces te diré que me he comido la jalea!

Llegó el día del *match*. Un lleno formidable. Al primer *gond*, resolvió concluir rápidamente, pues me sentía ridículo ante aquel enemigo insignificante y le lancé un *directo* con todas mis fuerzas en plena boca del estómago. El boxeador auvernés no pudo parar aquel golpe brutal y se tambaleó durante unos segundos sin perder su serenidad. Su sonrisa irónica, desconcertante, me puso furioso, fuera de mí. El miserable se atrevió a atacarme a su vez, pero yo fácilmente paré su ataque y le dirigí de nuevo un segundo golpe, soberbio, decisivo, sobre el estómago. El boxeador auvernés no se inmutó. Siguió sonriendo. Sentí mi mano dolorida. A pesar de ello, le coloqué, en menos que se cuenta, tres nuevos *directos* en pleno vientre, pero sin apreciables resultados. El auvernés seguía sonriendo. Al segundo *round* decidí cambiar de táctica. Le coloqué magistralmente una serie de formidables *pufetazos* en la mandíbula, mas esta vez el boxeador auvernés rompió francamente en carcajadas.

Yo comenzaba a desesperarme. Al tercero, al cuarto, al quinto y al sexto *round*, a pesar de mis no interrumpidos *directos* y *crochets* violentos, emocionantes, mi enemigo permanecía impassible. Yo estaba realmente agotado, rendido de darle golpes. Al sépti-

mo *round*, reuní mis últimas fuerzas y envié a mi adversario un *cuádruple crochet* de izquierda, seguido inmediatamente de un *triple uppercut*, a la base de su mandíbula.

El diablo de aquel hombre fué literalmente elevado del suelo por mis puños como cosa de un par de metros, pero al instante volvió a poner los pies sobre el tepiz, flemático, indiferente, sonriendo con aquella sonrisa que helaba la sangre; al propio tiempo, yo lanzaba al espacio un agudo grito. ¡Me había roto mis dos puños contra aquella maldita mandíbula! ¡Me desplomé sobre el *ring*, retorciéndome de dolor! Entonces, sin defensa, a mansalva, aquel hombre se arrojó sobre mí y me golpeó sin descanso, hasta mi completo desvanecimiento...

El árbitro contó, impassible, los diez segundos reglamentarios, y el boxeador auvernés fué solemnemente proclamado vencedor en medio del entusiasmo general y de los aplausos ensordecedores de la multitud.

EL CERO DE OVENTES.—Pero, ¿era el dichoso boxeador auvernés de vuestra historia el mismo diablo en persona?

EL VIEJO BOXEADOR.—¡No; era el más grande canalla que haya jamás deshonrado el *ring*! Algún tiempo después, se descubrió la estratagema que daba la victoria en todos los encuentros a aquel miserable. Un buen día

tuvo un altercado en plena carretera con un peón caminero: el invulnerable boxeador atizó una bofetada al humilde trabajador; éste, para defenderse, le dió en la cabeza con su mazo de partir piedra. Ante la estupefacción de los testigos de esta escena, un pedazo de mandíbula del boxeador auvernés rodó por el suelo con un ruido de pedernal, separado de su cantera. Recogieron aquel pedazo de mandíbula y comprobaron era exactamente un pedazo de piedra. El canalla concluyó por confesar: originario de un lugarejo de Saint Aillyre (Auvernia), conocido por su célebre manantial de agua petrificante, el canalla había tenido la idea de petrificarse las mandíbulas y los músculos que le cubrían el estómago con el agua de aquel maravilloso manantial.

Gracias a esta desleal estratagema, el boxeador auvernés era invulnerable y hubiera concluido por ser campeón mundial de boxeo, si el mazo revelador del peón caminero no hubiera descubierto el truco de su vida de pugilista.

El gran farsante murió poco tiempo después, víctima de su funesta invención. Un día que pescaba en una barca sobre el río de Saint Aillyre (Auvernia) se fué a pique, arrastrado por el peso de su mandíbula y de su estómago petrificados.

S.



(De Vit-Bite, Londres.)

EL LADRÓN (cogido infraganti).—¡Vaya suerte la mía! Acabo de gastarme cuarenta céntimos en cortarme el pelo y ahora en la cárcel me lo hubiera cortado gratis.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indiquese: «Para el Concurso de chistes». Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Dos amigos se ven en el puerto de Málaga; uno de ellos viene de África y después de saludarse dice el recién llegado: «Chico, tiempo un miledio atroz por el que quitas en la Adama un millón de Manila».

—No tengas cuidado, no te le quitarán. Acto seguido se despiden en la forma siguiente:

—Bueno, José, ¿que lo peses bien?
A lo que respondió el otro: «No seas imbécil, ¡no ves que te han oído los carabineros!»

Pedro Vizcaino.—Melilla.

—¿En qué se parece un chiste malo a una plaza de toros?
—En que en la plaza de toros quemas el sol, y el chiste malo quema la sombra.

Bandera Negra.—Barcelona.

Acerito.
—¿En qué se parece un pato a un cerro?
—En que nada.

Paco Laureles.

Colmos.
El de un cazador:
Matar el Ave-Maria con la carabina de Ambrosio.
El de la imposibilidad:
Hacer coquillas a un mosquito con un poste de telégrafos.

Miguel A. Remedo.—Valladolid.

—¿Qué señora de Licenciado puede hacer funcionar un aparato de radiotelefonía?
—La señora de un «Galeno», porque es «Galena».

T. Abfien Torre.—Madrid.

Entre chicos:
—Oye, ¿por qué no bajas a jugar con la hermana a la calle?
—Porque no quiero mi papá, y es que como somos gemelos, nos quiere meter en un puño.

El Bandolero Audaz.

—¿En qué país, cuando fallece una mujer casada, se queda el marido en mangas de camisa?
—En América; porque se queda así americana.

—¿Y en cuál, cuando también mueren los la mujer, entra el sol en la habitación?
—En Persia; porque se queda sin persiana.

Santiago Santacruz.—Madrid.

—¿Cuál es el colmo más chico y el más grande?
—El más chico, el colmillo, y el más grande, tener una docena de colmillos en Estocolmo.

—¿Cuál es el ave que más pesa?
—El mochuelo, porque nadie quiere cargar con él.

Benjamín López.—Madrid.

—¿Cuál es la parte del Océano que es persona paciente y animal a la vez?
—¿El mar?
—El marítir-reño.

Zaratustra.—Cartagena.

En el ferrocarril de Alcantarilla a Lorca viajaban un cura y un andaluz, y como el tren marchaba a velocidad inferior a una tortuga, el andaluz empezó a blasfemar; entonces el cura le preguntó dónde iba, a lo que contestó el andaluz:

—A Lorca.

—¿Pues hijo mío, donde vas a este peso es al infierno

—No se apure usted, padre, que llevo billete de vuelta.

Onofre García.—Archena.

La ciencia no se equivoca, sin dolor de muelas vive el que usa para la boca Licor del Polo de Orive.

En la casa de préstamos.
—¿En verdad que aquí se da dinero por ahuyas y efectos?
—Sí, señor.
—Entonces deme unas pesetas por el efecto que me causó el vino ayer.

El Chocolatero.—León.

Entre dos amigos.
El primero.—¿Cómo pretendes que te quiera Pepita si eres un perfecto melón?
El segundo.—Pues precisamente porque soy un melón necesito mi correspondiente Pepita.

Mariano González.—Segovia.

Razón que convence.
—¿Conque por fin has tenido fuerza de voluntad y has dominado el odioso vicio de la bebida?

—Sí, hombre; desde que vive conmigo la madre de mi mujer, he procurado beber cada día menos.

—Comprendido; tendrá mal genio y querrá evilar disgustos.

—No es por eso, es que, cuando entra en casa a medios pelos, vela a mi suegra doble.

Pedro Soría.—Madrid.

MEDEL

GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

El colmo de un «torero matemático»:

Sumar las palmas y los pitos.
Destriar fuerzas al toro.
Multiplicar los peones.
Dividir las opiniones.
Poner un par de banderillas elevando los brazos a la «cuarta potencia» y cuadrar el toro con una regla de tres.

«Pan-Ta-Jo».—Madrid.

LA PAQUITA DE PAPEL CONTINUO

BALBINO CERRADO

41, Antonio López, 41
Teléfono 23-33 M.

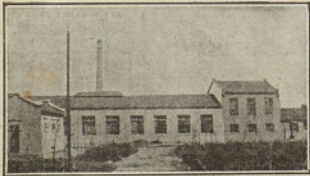
(A cinco minutos del Puente de Toledo)

MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, afinados, óleos, dibujos, cartón, etc.

ALMACEN:

Plaza del Matute, 6
Tel. 50-05 M.



HERNIAS
Uruguayos científicos
J Campos
único MÉDICO
ORTOPÉDICO
de MADRID
largos Figuras 8

Lamentabse con un vecino un pobre hombre que había puesto una peperiela, de que los estudiantes no le compraban cuartillas a 0,50 pesetas el 100.

—¿Cómo quieres que te los compren si en la pastelería de al lado venden mil hojas a 0,20?

Kalomo.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

Unión Postal

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número sueldo.....	25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5. BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza. Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin manchar la piel ni perjudicar para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter. Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanlo negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis. LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y fina envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (pejeques, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza. Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza. Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos tonía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza. CREMA ALMENDRO.

LINA. Es la reina de las cremas. Complacé a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndonos su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin faltarlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los berpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Baldrich 24.

Dib. BALDRICH.—Madrid.

—Allí tienes a Amelia, que, al compás del shimmy, está dibujando curvas por el salón.
Pues como pierda el compás, no va a poder seguir dibujando curvas.